

Una conversación con Jorge Lafforgue
por Fernando Larraz Elorriaga (Universidad de Alcalá, España)
y José Luis de Diego (IdIHCS-UNLP, Argentina)

La presente entrevista se realizó el 24 de junio de este año. Dado el interés y la especialidad de los entrevistadores, estuvo focalizada en la trayectoria editorial de Lafforgue, en especial, su relación con la editorial Losada. Martín Castagnet colaboró en la grabación de la entrevista y María Saraullo en la desgrabación.

¿Cómo empezó tu relación con la Editorial Losada?

A poco de empezar a estudiar acá, venía de provincia, tuve contacto con Losada y empecé a hacer trabajos de corrector. Llevaba pruebas a casa y corregía ahí. Y, poco después, por una conexión en el Centro de Estudiantes, conocí a los Romero, a los dos hermanos, José Luis y Francisco, y empecé a trabajar con José Luis, mi único trabajo estable.

...en la UBA.

No, en *Imago Mundi*. Después trabajé en la RUBA [Revista de la Universidad de Buenos Aires], esto es... les estoy hablando del '54-'55, cuando vine acá a estudiar. Y ahí, después de hacer correcciones, Francisco Romero se enteró, o qué se yo, yo le habré comentado que estudiaba filosofía y entonces empecé a hacer solapas de la colección Biblioteca Filosófica y otras cosas por el estilo. Es decir que tenía cierta relación independiente, iba, venía, me daban trabajo. Me ponía muy contento cuando venían, por ejemplo, las *Odas elementales* de Neruda, porque tenían mucho espacio en blanco, porque pagaban por página las correcciones...

(risas) Era fácil...

Sí, sí, la corrección de estilo... Bueno, no era de estilo ni nada, el trabajo de corrector externo en esa época se hacía con atendedor, y yo lo hacía con mi mujer... Ya tenía ahí bastante



vínculo e incluso lo conocí a Gonzalito, el hijo de Losada. Y cuando se fue Cozarinsky... [Edgardo Cozarinsky era entonces el “asesor literario” en Losada] sé por dónde vino una especie de allanamiento del camino: el escritor nicaragüense Sergio Ramírez estaba entonces al frente de una editorial centroamericana con sede en San José de Costa Rica, Educa, que se estaba armando sobre el modelo de Eudeba. Por medio de una recomendación de Vidal Buzzi y el envío de mi CV, me ofreció la dirección editorial de Educa. Como la noticia circuló en el ambiente local, supe que incidió para que don Gonzalo me ofreciera el cargo de lo que en esa época se llamaba “asesor literario” que es lo que ahora llaman “director editorial”. Yo entré con muchas ínfulas y grandes proyectos, tenía 20 años, pero de a poco me vine abajo. Yo lo conocía mucho a Cozarinsky, bastante, y hablaba con él y vi que estaba totalmente descreído. Después comprobé qué pasaba con Cozarinsky. Él manejaba varios idiomas, un tipo muy culto que estaba, que sigue estando, a la vanguardia y hacía propuestas a Losada de libros (porque después vi las listas) que no compatibilizaban mucho con la editorial o con las ideas más tradicionales de Losada.

Ya Losada iba perdiendo esa posición vanguardista, en el arte y las disciplinas sociales, ¿no? El problema con Cozarinsky revela que para mediados de los cincuenta el proyecto editorial se estaba volviendo más conservador...

Totalmente y, qué pasó, cuál es, digamos, la explicación. Por un lado, en los orígenes de Losada la editorial tenía “directores de colección”, por ejemplo, la Biblioteca Filosófica la dirigía Francisco Romero, Lorenzo Luzuriaga la Pedagógica, los Jiménez de Asúa... es decir, había todos los tipos...

Amado Alonso, Henríquez Ureña...

Bueno, Amado Alonso se había ido a los Estados Unidos al comienzo del peronismo... Originariamente, todos constituían el gran *staff* intelectual que había en la editorial; en ese sentido, el viejo había estado muy hábil... El principal de ellos, hay que decirlo, fue Guillermo de Torre. Porque los otros eran también “externos”, es decir venían, proponían, pero de Torre estaba siempre allí. Nunca más en ninguna editorial vi la cantidad de catálogos y cosas que recibía Losada, de todas las editoriales..., y revistas... Y venía el viejo Guillermo de Torre y empezaba a decir esto y aquello y se llevaba lo mejor, obviamente... y yo, claro, no le podía decir nada (*risas*). Bueno, el asunto es que el que marcaba ahí más, el que tomaba las decisiones de la cosa editorial o el que coordinaba bien, era don Guillermo. Entonces, no estando de Torre...

¿Por qué se va Guillermo de Torre?

Ocurre un poco, en gran medida, como acabás de decir, por el peronismo, digamos que cuando cae el peronismo, varios de ese *staff* original se van a las universidades. Guillermo es profesor de literatura española, Francisco Romero de filosofía, en fin, otros murieron. Y algunos de sus libros empezaban a avejentarse un poco... los Jiménez de Asúa, por ejemplo, uno era de medicina [Felipe] y el otro de derecho [Luis]; los tomos de derecho penal de Jiménez de Asúa fueron un texto clave, pero..., pasó lo mismo con Francisco Ayala y su tratado de sociología, era importante pero era pre-Germani. Era como que ya empezaba a avejentarse el catálogo de Losada. Y el viejo quedó solo y fue perdiendo ese sentido de conjunto...

Y la confianza que tenía en Guillermo de Torre.

Sí, por supuesto, Guillermo de Torre tuvo muchas pegadas, sobre todo de literatura francesa... qué se yo... empezó a editar Sartre y las ediciones eran casi contemporáneas con la edición original. Con Gallimard tenía una relación muy, muy fluida...

En uno de los libros de Herralde dice que cuando se inició en los sesenta, fines de los sesenta, fue a Gallimard para negociar algunos derechos y para ver qué podía editar en Anagrama, y Gallimard le contestó que ni piense que se los iba a sacar a Losada para dárselos a él.

Bueno, más tarde pasó algo parecido con Alianza, debo decirte que mi relación con Alianza de alguna manera tiene que ver con una cosa así, un poco de corrupción entre comillas... (*risas*). Yo estaba allí ya, era asesor literario, y vinieron los capos de ese momento de Alianza, un tipo que era formidable, que era [Javier] Pradera y otro que estaba en ese momento, José Vergara se llamaba, que era un ingeniero muy correcto, muy señor, para decirlo de alguna manera, un erudito total en la obra de Torres García, el pintor uruguayo. Ellos vinieron acá y trataron de armar algo con Losada, porque era un momento en que Losada estaba con dificultades económicas. Ellos también fueron a Gallimard y los franceses tuvieron esa misma respuesta que contaste vos, pero como ya había empezado la declinación financiera, Losada estaba medio en falta respecto del pago de derechos y todas esas cosas. Y cuando vinieron estos, Vergara y Pradera, hablaron conmigo, bueno, para mí Alianza era, qué se yo, una editorial modelo, la vanguardia... y me empezaron a pasar la mano sobre el lomo, como se dice, para que yo hiciera fuerza para que Losada cediera cosas. Pero el viejo era muy, muy difícil en ese sentido. Finalmente, en un momento este Vergara, que no era nada tonto, nos dijo, bueno ustedes tienen una deuda grandísima con Gallimard... nosotros la pagamos y coeditamos algunos títulos, y ahí empezó a coeditar Sartre, Camus, etc.

Pero por entonces Guillermo de Torre no se había desvinculado, no se llegó a desvincular del todo de Losada...

Sí, se había desvinculado... porque Guillermo de Torre trabajaba, como se dice, *full time*, pero cuando empezó como profesor ya la cosa cambió. Francisco Ayala lo decía en sus memorias, en la primera edición de las memorias, que Losada le retaceaba mucho el pago y cosas por el estilo, y me acuerdo que acá le hicieron un lío, y los de Alianza prometieron cambiar, no sé si lo hicieron, qué se yo... (*risas*). Lo que ocurre es que en su momento era *la* editorial más importante, entonces había algunos traductores que vivían exclusivamente de ser traductores de Losada, por ejemplo Aurora Bernárdez, traductores así, y lo que había también, porque estaban los directores de colección y después cierta gente que *rondaba*, digamos así, con la que tenía buena relación, que yo llegué a conocer, como Attilio Dabini... Era un tipo que conocía absolutamente bien y tenía relación con toda la nueva literatura italiana...

Bueno, de la novela italiana sacaron todo: Moravia, Pavese, Silone, Pratolini...

Sí, claro... La cosa es que o se fueron muriendo o se fueron a otro lado... y el proyecto original se desarmó totalmente a nivel intelectual, digamos. Y también a nivel económico financiero, tenía un aparato bien armado, pero seguían con ciertas cosas cuando vos veías que en el mercado había distintas modalidades... Por ejemplo, en vez de consignar libros había que comprarlos en firme, digo, ese tipo de cosas... Entonces se fue deteriorando por distintos lados...

Y del período tuyo en Losada, ¿cuáles dirías que son los textos más importantes que llegaste a publicar?

Yo empecé a proponer algunas cosas, no con la erudición que tenía Cozarinsky... tengo una anécdota sobre esto. Tenía un número de *Tel Quel* que estaba saliendo en ese momento dedicado a Roland Barthes, voy y le digo al viejo Losada, mire este es un pollo que... (*risas*) en Francia la está rompiendo, podemos traducirlo. Me dijo que era interesante, y me llamó después y me dijo “mire Lafforgue, está muy bien su propuesta, pero nosotros tenemos a Sartre...”

(risas) Es un buen ejemplo del estancamiento...

Al poco tiempo empezó a ser traducido por Nicolás Rosa en Jorge Álvarez... Había un tipo, por ejemplo, que vive en México desde hace mucho y es uno de los *argemex*, Menéndez, Eduardo Menéndez, un antropólogo, un tipo muy inteligente, está muy bien en México, como García Canclini... Era uno de los intelectuales a los que Losada les había propuesto poco antes de mi entrada que dirigieran colecciones, en su caso de ciencias sociales... Venía Menéndez, traía buenas propuestas y, por una u otra razón, lo dilataban y finalmente no se publicaban... Estuvo como, qué se yo, como un año o dos. En ese momento no eran directores de colección rentados; traían un título y si ese título se editaba, le daban un dinero. Pero bueno, Menéndez en todo el tiempo consiguió que se editara un solo libro de su colección. Ustedes preguntarán por qué se quedaba Menéndez. Bueno, pedía y pedía y cualquier editorial extranjera y, siendo Losada, mandaban. Y yo, cada vez que venía Menéndez, le daba 4 o 5 libros por los que se le caía la baba... Bueno, el asunto es que yo más o menos vi que había ciertos caminos que eran difíciles de hacer y otros que, por ahí, eran más fáciles. Por ejemplo, él, el viejo Losada, había editado *Los ríos profundos* de Arguedas poco antes de que yo entrara [en 1958] y tenía una buena relación como se vio después, porque Arguedas era un tipo sensacional, sensacional en el sentido de un tipo modesto, aparte de gran escritor, no tenía eso que tienen a veces los escritores que son un poco fastidiosos, digamos. Y entonces, yo le dije “está Arguedas”, yo lo había leído y me había deslumbrado... Leí *Los ríos profundos*, yo había tenido una experiencia de internado, y había leído casi simultáneamente *La ciudad y los perros* y *Los ríos profundos*, dos grandes novelas que hablan de internados... Entonces, hablando con un tipo, Javier Fernández se llamaba, que había sido agregado cultural en Perú, me dijo “mándeles unas líneas a Arguedas...”. Este Javier Fernández era del grupo de Weinberg, Ghiano, un sarmientino a muerte que escribió...

Sí, hizo la edición de los *Viajes para Archivos*...

Sí, ese; entonces le escribí unas líneas a Arguedas, “soy un editor de 20 años...” y me contestó al toque y me mandó las primeras ediciones que las tengo ahí, en un cuadro... Entonces, como ya tenía cierto vínculo con Arguedas y el viejo Losada ya le había editado algo, le digo, “por qué no intentamos otras cosas de Arguedas”. El viejo, ahí me dijo, “sí, cómo no”. Y bueno, se editó prácticamente todo... Una cosa buena que tenía Losada era que mantenía una correspondencia muy fluida con todos los autores. Mabel Peremartí entró en Losada como secretaria y, aparte de saber inglés, tenía la virtud de ser taquígrafa, y el viejo le dictaba pilas de cartas...

En el caso de la narrativa argentina es casi un lugar común decir que Sudamericana tuvo más olfato o una iniciativa más jugada y se quedó con Cortázar, Mujica Láinez, Marechal, Sabato,... ¿Qué relaciones había entre Losada y los escritores argentinos en esa época?

Tenía a Gudiño Kieffer que vendía muy bien, a Beatriz Guido ídem, a SyriaPoletti, que era una buena narradora... aunque para mí lo mejor eran los poetas, con Enrique Molina y Olga Orozco a la cabeza. Claro que, por ejemplo, el peruano Manuel Scorza para nombrar alguno, o David Viñas, que habían trabajado como correctores y cosas por el estilo en Losada prefirieron rumbar para otros pagos. Además está la famosísima anécdota de que al primero que le manda García Márquez el manuscrito de *La hojarasca* es a Losada y Guillermo de Torre desaconseja su publicación... La otra razón es que en Sudamericana estaba Porrúa, que era sensacional, y Porrúa tenía la manija... yo hablé mucho con él. López Llausás era un tipo que no se metía mucho en la cosa editorial propiamente... entonces una cosa lleva a la otra y bueno, Sudamericana y Seix Barral se quedaron con el paquete del *boom*, digamos. Una cosa que sí tenía Losada, todavía en esa época, que a él le funcionaba mucho, es que ya tenía un gran catálogo; mientras yo estuve en la primera época, casi todos los años había Premios Nobel de tipos que habían sido editados por Losada...

Asturias...

Sí, y Vicente Aleixandre. Y Sartre... aunque lo rechazara... Después Neruda... y cada uno de esos que salía, en el momento eran grandes ventas. Me acuerdo que Losada trabajaba mucho con una gran imprenta que desapareció, Chiesino, que estaba en Avellaneda, casi en el centro de Avellaneda... Y Chiesino hacía los fines de año una reunión con uno de esos asados bestiales, íbamos a la tardecita y nos quedábamos hasta la noche, o la madrugada comiendo, charlando... Iban también autores de Losada y entonces el viejo Bartolomé Chiesino tenía un dicho: que si querías ganar el premio Nobel tenías que ir a comer el asado en su imprenta (*risas*).

Losada cuenta en una entrevista en *Primera Plana* de fines del '68 que el *best-seller* era *El incendio y las vísperas* de Beatriz Guido, que agotó 50 mil ejemplares en su primer año (1966) y había trepado ya hasta los 80 mil, y un poco después afirma que de *Las palabras* de Sartre habían vendido 6.000 ejemplares en dos semanas. Estos números parecen poner de manifiesto un mercado que no existe más...

Sí, es otra cosa que cambió totalmente. En la primera época, digamos, cuando entré a trabajar en Losada, el 60 % de la producción, más de la mitad, se exportaba. Losada tenía sucursales en Montevideo y en Santiago de Chile, a diez metros de la Casa de la Moneda. En Lima y en Bogotá. Y, además, habían armado con Sudamericana y El Ateneo un acuerdo de distribución. El Ateneo tenía en Nueva York y Sudamericana en México. Entre los tres, no sé cuál sería el trato, pero exportaban todo. Sí, en esa época los otros países latinoamericanos, salvo México, tenían una industria muy frágil... Pero esas sucursales, cuando yo estaba en Losada, empezaron a cerrar y eran casas bárbaras, la de Montevideo, yo a esa la conocí bien, era una maravilla; desapareció y desaparecieron poco a poco las cuatro.

¿Y en España?

En España tenían distribuidor, pero había un distribuidor que ahora no recuerdo cómo se llamaba que era también... emblemático. Era un gran distribuidor que también le compraba... y

Losada, cuando estaba el franquismo, editaba mucho a poetas y escritores que no podían editarse en España.

¿José Hierro, por ejemplo?

Sí, Hierro, Celaya, todo el '27. Y además editaba Miguel Hernández que era prácticamente un *best-seller*... Y el caso de Neruda. Cuando empezó a editar a Neruda yo todavía no estaba de asesor, iba y venía. Y de vez en cuando aparecía Neruda, un par de veces por año. Una vez me avisan y me dicen, mañana viene Neruda, si usted quiere conocerlo...

¿Esa es la entrevista de *Cartografía personal*?

No, esa es un poco posterior... Esta es la primera vez, fui y lo conocí al “gran Buda” ahí... Yo escribía poesía en ese momento, que eran unas copias miserables de las poesías de Neruda, pero agarré cuatro o cinco, las que me parecían las mejores, y se las pasé a Neruda. Me agradeció mucho, qué se yo, las habrá tirado a la basura (*risas*). Pero, a propósito de eso, como les iba bien con Neruda, cuando yo entré empecé a organizar ediciones de obras completas en la Colección Cumbre y de ahí salió Machado, de ahí salió Miguel Hernández, León Felipe. Ahí sacamos el *Diario* de André Gide... También le propuse hacer Kafka y Proust; los hice traducir íntegramente... Estela Canto, por ejemplo, hizo prácticamente casi todo *En busca del tiempo perdido*...

Pero a Proust lo había empezado a publicar Santiago Rueda acá...

Sí, la traducción vieja...

La de Pedro Salinas... ¿y Kafka no se lo había quedado Emecé?

De Kafka tenía algunas cosas Emecé, pero según los expertos, yo no sé alemán, había traducciones que no eran las mejores... Yo hice traducir todos los cuentos completos en dos volúmenes. El problema es que la Colección Cumbre y esos volúmenes grandes tenían una venta que es segura, pero más bien lenta; cuando empieza a haber inflación y cosas por el estilo ya no son rentables y quedan en *stand by*... Proust quedó mucho tiempo... Fernández Reguera [el editor asturiano que compró Losada], cuando fue, abrió un mueble y Miguelito, Miguel de Torre [el hijo de Guillermo de Torre], habrá dicho “mire, acá está Proust”, “ah, ¿quién es Proust?”, “un escritor francés”... (*risas*)

¿Cómo empezó Fernández Reguera?

La historia de Fernández Reguera es así... El padre de él, como muchos gallegos y asturianos, estaba metido en el negocio gastronómico y tenía la concesión de la confitería de Retiro, de la estación de Retiro, que en su momento era mucho más importante que lo que es ahora. José Juan laboraba con el padre, pero no sé, parece que hubo un encontronazo y se compró... puso un kiosco de diarios y revistas ahí en Retiro: todo el mundo que iba en tren le compraba... Empezó a crecer y a crecer y empezó a editar algunas cosas, tipo fascículos y esas cosas. Y ahí lo conocí yo porque decidió editar a Barnard, un sudafricano, un cirujano que fue el primero que hizo un trasplante de corazón y salía en todos lados. Reguera lo había editado, Barnard iba a venir acá y Reguera estaba buscando a alguien que hiciera prensa, me llamó y bueno... le hice la gacetilla de prensa y quedó cierta relación... Después el gran salto lo dio con la Guerra de Malvinas, en el '82. Todos sacaban fascículos, todos triunfalistas. Y él editó una

cosa bastante objetiva y bien hecha, una colección que es también en fascículos que salía en Inglaterra y que, claro, le pasaba el trapo a todas las de acá y de eso también vendió un montón... Así empezó a armarse y ahí se conectó, no sé exactamente cómo, con el dueño de Anaya...

Sánchez Ruipérez...

Sí, tenía una relación muy estrecha, Sánchez Ruipérez le dejaba hacer todo por acá... y además ponía sus mangos, tanto que todos decían que Reguera era testaferro de Sánchez Ruipérez... posiblemente en parte lo haya sido. Fue creciendo y justamente en el par de años que yo entré a Alianza, en el 93-95 más o menos, ya se veía venir, se armó una podrida ahí y se pelearon a muerte, se pelearon a muerte... Yo no lo conocía a Sánchez Ruipérez, yo había entrado en Alianza en el '93 y recién lo conocí en el '95, cuando se produce la hecatombe, la pelea entre Sánchez Ruipérez y Fernández Reguera, y ahí fue una repartija de propiedades y de distintas cosas, y ahí fue que Fernández Reguera se quedó con el local de Losada de Corrientes. La cosa es que ahí se separaron y ahí empezó Reguera ya por las suyas.

¿Nunca un gran grupo quiso comprar Losada antes de Fernández Reguera, como ocurrió poco después con Sudamericana o Emecé, por ejemplo?

Bueno, sí, ahí viene lo que ya les conté del intento de compra de Alianza, por similitudes de catálogo, pero de otras no me consta... Alianza no llega a comprar la editorial pero compra títulos, derechos de ciertos títulos y las traducciones, porque por ejemplo *Las palabras*, todo Sartre, sale con las mismas traducciones, las reediciones en libros de bolsillo son las mismas. Pero más adelante, ya con José Juan [Fernández Reguera] han hecho nuevas, estando yo todavía en Alianza, nuevas traducciones...

Ahora recuerdo esa colección Las Literaturas del Mundo que era muy buena... ¿era italiana, no? Porque esa colección sale a principios de los setenta, cuando estabas vos. El libro de Ettore Lo Gatto sobre la literatura rusa moderna o el de Mario Praz sobre literatura inglesa...

Sí, esa fue una colección que estando yo ahí la presentó Dabini. Y vinieron 5 o 6 tomos, a mí me pareció muy buena, salvo la Latinoamericana, la que escribió Bellini...

Por esos años vos estabas haciendo la de Luis Alberto Sánchez...

Exactamente. Pero no sé... esa colección no tenía una muy buena venta, tanto que terminó saldándose, la terminó saldando Fernández Reguera. Y bueno, vos mencionaste, por ejemplo, una cosa que yo hice, el libro de Sánchez. Ahí el viejo Losada tenía relación, una vieja relación, con Luis Alberto Sánchez y a mí me interesaba hacer eso. Esos cuatro tomos de la *Historia comparada de las literaturas americanas* me llevaron muchísimo trabajo... Otro caso que me acuerdo ahora es el de un tipo que rondaba, de estos que no trabajaba allí, como Dabini, un poco externo, era Elvio Romero, un poeta paraguayo que prácticamente sacó toda su obra ahí, era *el* poeta de Paraguay... Y con Elvio, que lo conocía a Jorge Amado, hicimos una especie de acuerdo, porque no sé qué había pasado y el viejo Losada no quería a Amado, pero nosotros lo convencimos de que sí y sacó *Doña Flor y sus dos maridos*. Ahí empezó y bueno... después edité prácticamente todo Jorge Amado.

¿Había algunas ediciones previas, no? Las de Futuro...

Creo que había algo en Claridad. Pero sí, el que había editado todo lo que en su momento había de Jorge Amado era Larra en Futuro. La gran venta masiva de Jorge Amado se produce sobre todo a partir de la película, y empiezan a andar muy bien *Doña Flor...* y *Gabriela, clavo y canela*. Y después fuimos sacando las que le compramos a Larra. La primera vez que fui a Brasil estuve en una reunión con escritores que se yo... una reunión social, digámoslo así... y hablando de autores yo dije que en Losada estábamos editando a Jorge Amado. Y me miraron con asco... como diciendo (*risas*) que era un autor comercial. Entonces yo les dije que tenía un muy buen traductor, y los tipos entonces me dijeron que seguramente el traductor le mejoraba los textos (*risas*). El traductor era Lorenzo Varela, un gallego que vivía como traductor para laboratorios bioquímicos. Un tipo muy interesante, especialista en arte, amigo de Luis Seoane, de esa línea, que había hecho trabajos para la editorial Poseidón. Se tomaba el trabajo de traducir muy a pecho y a veces protestaba contra Jorge Amado, pero las traducciones eran muy buenas, así que, en cierto modo, mis amigos brasileños tal vez tuviesen razón... Aunque no, no exageremos.

En el catálogo de Losada, y aparte de Amado, ya hay pocas novedades de narrativa latinoamericana a partir de los años '60, ¿no? En una entrevista leí que Losada decía que quería que todas las novedades vinieran a través del premio y parece ser que al premio no se presentaban buenas novelas, salvo Roa Bastos en 1959 y no sé si algún otro caso...

David Viñas ganó con *Los dueños de la tierra*; pero en general es cierto, Losada tenía posibilidades como para hacer una cosa más fuerte y se dejaban estar. Estaba Biblioteca Breve y esos concursos que eran mucho más importantes. Uno de los últimos concursos, cuando la editorial ya estaba bastante decadente, fue en 1980: el jurado era Anita Barrenechea, Bioy Casares, Beatriz Guido, Gudiño Kieffer y yo. Y bueno, llegaron bastantes textos y no nos poníamos de acuerdo, fue divertido porque veías quién le gustaba a Bioy y decías este es un futuro discípulo... un "bioycito" (*risas*). Finalmente, Gudiño Kieffer, que ya estaba hartado, en una de las últimas reuniones dice lean esto... qué se yo... y bueno, en la reunión siguiente estábamos todos de acuerdo y ganó *Soy paciente*, la primera novela de Ana María Shúa, que después se vendió muy bien y es un texto que se lee con gran placer...

Otro éxito resonante en el '80 fue *Flores robadas*...

Sí, claro, *Flores robadas* fue... una casualidad casi. Jorge Asís venía y me decía yo soy genial, Vargas Llosa era un tarado al lado de él (*risas*). Entonces leí *Flores robadas*... y, qué se yo, no es que me haya recopado, pero me pareció que podía andar y se lo dije a Gonzalito, al hijo, porque el viejo no estaba. Me dijo, si a usted le parece, hagámoslo. Y lo metimos. Y ahí, en ese momento salvó a la editorial en una de sus crisis, porque se vendió muchísimo... Después venía Beatriz Guido y la criticaba...

Sí, la novela tuvo la extraña virtud de hacer enojar a todo el mundo, de la izquierda, la derecha... a todo el mundo.

Y Jorge Asís con el único que hablaba era conmigo, porque no le daban bola, por temores o qué se yo... Cuando empezó a vender muy bien, ya empezaron a ablandarse. Y cuando vieron que no sólo vendía muy bien sino que no pasaba nada, que no había censura ni

fuerzas armadas, empezaron a llamarlo, y entonces Asís ya no me daba bola a mí (*risas*). Bueno, no es tan así, seguimos con cierta relación. Hace años que no lo veo...ahora es un gran comentarista político, entre comillas...

Pero por entonces Gonzalo Losada era muy mayor. ¿Seguía teniendo el control de lo que se editaba?

Sí, Losada padre estaba bien, porque si hubiese quedado en manos del hijo era peor... Pero era difícil. Estaba un poco enquistado en autores del pasado, le decías novela española y él te nombraba a Pérez Galdós, para él lo más avanzado era Neruda...

Bueno, Arguedas, Arguedas también le gustaba...

Sí, Arguedas le gustaba... pero en general para las cosas nuevas era difícil.

Siempre me llamó la atención que Losada tuviera la primera edición de *La invención de Morel* y de *El aleph*, y que después perdieran a Borges y a Bioy...

El viejo contaba siempre, no sé si era cierto, que le hablaron de Emecé porque iban a hacer las obras completas de Borges y pedían incluir los textos de Losada. Teniendo en cuenta que Borges estaría de acuerdo, supongo, los cedió y después los tipos se quedaron con Borges.

Pero lo notable es que él se había atrevido a publicar a autores vanguardistas en los años cuarenta, como si no fuera tan conservador como parece.

Claro, pero ese debe haber sido Guillermo de Torre.

Digamos que el problema fue que no encontró un sustituto de Guillermo de Torre, alguien en el cual confiar. Seguramente hubo cuestiones de edad.

Bueno, sí, porque Cozarinsky tenía también una gran capacidad de ver lo nuevo...

Pero ya era otro momento y no tenía el mismo respaldo. Además, Guillermo de Torre era una persona de la generación de Gonzalo Losada, quizás eso también ayudaba a que hubiera un entendimiento y mayor confianza... En los años '50 también estuvo Manuel Lamana, ¿no?

Sí, Lamana estuvo... tenés razón, brevemente, cuando Guillermo se estaba retirando, antes de Cozarinsky. Incluso le publicaron algunas novelas...

No es desacertado pensar que gente como Lamana, que llegaba de España, venía con unos gustos literarios muy apegados al realismo y muy poco vanguardistas, que quizás en ese momento de transición, finales de los '50, principios de los '60, también hizo que no avanzara Losada. Es una sospecha, que no sé si es verdad... Vino Ricardo Bastid, y algunos otros viajeros españoles de gustos estéticos muy conservadores...

Sí, es totalmente cierto lo que vos decís. Incluso Cortázar había mandado *Los premios* a un concurso y no ganó. Además, Sebastián Salazar Bondy, el peruano, recomendó a Vargas Llosa y no le dieron bola. De García Márquez está esa anécdota que acabamos de recordar de Guillermo de Torre rechazando *La hojarasca*... Entonces un poco como que...

... va perdiendo el tren.

Sí, porque no sólo tenía buenas obras de la tradición realista, como *Ciro Alegría*; *El acoso* de Carpentier se publicó por primera vez en Losada en el '56. Es decir, en ese momento había habido algunas posibilidades...

También Asturias, Asturias era un poco esa línea... Hay como un interés manifiesto en un tipo de literatura con un mensaje social o moral, que ya no aparece en los escritores del boom que capta Sudamericana. Leyendo el Boletín de Losada de esos años, ese interés aparece en todos los encomios hacia las obras que publica: “es una novela muy comprometida con los cambios sociales y políticos que están teniendo lugar, etcétera, etcétera”.

Bueno, tal vez tiene que ver con un clima de época: Sartre, *Qué es la literatura...*

No sé si es tan así, porque no se puede negar que ellos vieron la vanguardia europea, publicaron a Kafka en el '38... Para mí tiene más que ver con la hipótesis de Jorge que hay una generación que se va. Puede ser, en todo caso, que quienes quedaron, y en especial el viejo Losada, hubieran tenido una concepción más conservadora de la representación en literatura, pero no que hayan apostado a una literatura radicalizada desde el punto de vista político, porque en el mismo momento editaban a Beatriz Guido, qué se yo...

Sí, y no sólo en literatura. En filosofía, por ejemplo, la Biblioteca Filosófica que dirigió Francisco Romero en su momento era *la* colección más importante de traducciones en filosofía, pero, ¿qué eran? Hartmann, digamos, lo más moderno era la fenomenología, y antes Berkeley, Hume, Leibniz. Pero cuando empezó a cambiar la mano y empezó a destacarse la filosofía analítica y todo eso, ahí se perdió totalmente el tren. Francisco Romero primero había dejado y después se murió en 1962. Y no hubo quien sustituyera eso. Además, en su momento tenía traductores buenísimos, como Ansgar Klein...

También estaban los españoles que vendían mucho, ¿no? García Morente, Ferrater Mora...

Sin duda Unamuno; García Morente creo que todavía se sigue vendiendo. Pero eso paró y sólo siguieron vendiéndose algunos textos clásicos o introductorios como las *Lecciones preliminares de filosofía*, el amable texto de Manuel García Morente. Pero no hubo sustitutos, no se siguió... Yo creo que tuvo que ver, pensándolo, porque en realidad nunca lo pensé demasiado claramente, pero ahora que estamos conversando... Me parece que el hecho de que todos los coetáneos o murieron o se dispersaron... Pedro Henríquez Ureña, que era un tipo brillante que estaba allí al pie del cañón, murió en el '46, y por esos años se va Alonso a Estados Unidos, y va cayendo el entusiasmo de esa generación comprometida con un proyecto editorial.

Hay un hombre que no sé qué función ha tenido, que es Enrique Pérez.

Claro, Pérez era *muy* importante, según dicen. Yo apenas... no sé si lo vi alguna vez, pero en la época de gloria de Losada, el gran armador del aparato comercial fue Enrique Pérez. Lo que tuvo la primera etapa también fue que esa gran generación de coetáneos era gente que peleaba con él, que le discutía sus ideas. Y después ya nadie se animaba a discutirle al viejo. Yo recuerdo la primera reunión, Losada tenía un gran salón con sillones mullidos en los que uno se hundía... Y ahí el viejo Losada empezaba con su discurso y nadie le decía no, así no. Una vez, Gonzalito, el hijo, le dijo “pero papá, tal cosa”, “¡cállate la boca!”, le dijo el viejo. Porque don

Gonzalo era muy ceremonioso, pero con el hijo era implacable.

¿Tus años del Centro Editor conviven con estos, aproximadamente?

En parte sí, porque como en Losada no pagaban muy bien, yo nunca tuve en la editorial una dedicación *full time*, tanto Cozarinsky como yo éramos... teníamos un *part time*. A mí me venía bien porque iba a la mañana y me quedaba la tarde libre para estudiar. Cozarinsky se fue a *Primera Plana*, apenas pudo, y ahí entré yo. Y yo también, la única época que hice periodismo profesional, en *Siete Días* y en *Panorama*, fue en esa época porque yo iba a Losada a la mañana, salía a mediodía y me iba a hacer notas. Otra cosa que se dejó, muy importante, fueron los libros de texto. Losada tenía una *Gramática* de Alonso y Henríquez Ureña, una *Psicología* de Guerrero, una *Lógica* de Romero y Pucciarelli... Estos libros se vendían mucho porque también se daban en el secundario. El último fue un tipo que se llamaba Fernández Serventi, que sacó unos libros de química que eran los que más se vendían. Pero todo ese sector educacional, para decirlo de alguna manera, que tenía unos títulos tan buenos, después se desactualizó, y vino Santillana y ya sabemos... Lo que se hace ahora no tiene nada que ver, yo lo pude comprobar en Aique/Larousse, mientras estuve con Alianza en el mismo Grupo de alguna manera lo vi *in situ* en, cómo se trabaja un libro de texto ahora para el secundario o para el primario. El valor casi predominante de las ilustraciones, el elemento visual, por ejemplo. Evidentemente, Losada no se supo *aggiornar*.

Nos decías del Centro Editor...

Bueno, no a veces sino durante muchos años iba a *Siete Días*, a Abril... incluso cuando dejé Losada seguí trabajando en Abril... En una época el Centro Editor y Losada estaban a dos cuadras y yo tenía colecciones en los dos... como si fuera una amante clandestina, cerquita (*risas*).

Lo de Losada y el Centro Editor llama la atención por el contraste: en una se vivía un clima de fin de época, y en el otro todo estaba por hacerse y era un vértigo de trabajo impresionante, como si coexistieran dos modelos muy distintos, ¿no?

Totalmente, yo diría que... , posiblemente haya más modelos, pero yo en la actividad editorial, para llamarla de alguna manera, tuve un modelo más o menos conservador que es Losada y terminó más conservador con Alianza, donde apenas pude meter baza; y otro, donde me sentí realmente creativo, digamos, que sería el Centro Editor, sin duda alguna. Y después Legasa, una editorial de los años '80, que ahí yo hacía y deshacía y bueno, tenía ahí la colaboración estrechísima de García Lupo para la parte política. Voy a cometer una injusticia, pues no me explayaré sobre mi paso por el CEAL, donde entré en 1968 al dejar mi trabajo en el rectorado de la UBA, tras la intervención a las universidades nacionales por parte del Onganiato, para dirigir *Sigломundo*, una historia documental del siglo XX que ese mismo gobierno de facto prohibió un par de años después; a fines de los setenta estuve al frente de la Biblioteca Básica Universal, que editó trescientos títulos de literatura universal, y en la década siguiente me encargué de Los grandes poetas. Pero el CEAL fue para mí, como para la mayoría de los que trabajamos en él, ante todo un refugio en épocas de las dictaduras, un lugar de confraternidad y de debate ideológico, algo fuera de serie. Como ya he hablado hasta por los codos de esta experiencia (Delia Maunás, Judith Gociol, etc.), me abstengo de repetirme ahora.

A Asís lo llevaste de Losada a Legasa...

Claro. Sacamos *Carne picada* y después todas, *La calle de los caballos muertos*, que me está dedicada... Los de Legasa eran dos vascos que tenían mucho dinero.

Hay un pueblo, creo que en Navarra, que se llama Legasa...

Por ese pueblo le pusieron. Todo el mundo, muchos le preguntaban qué era Legasa, si era el nombre del fundador, como Losada, y cuando vinieron contaron que estaban buscando un nombre y alguien conocía ese pueblo, y dijeron, “pongámosle Legasa”. Y bueno, Legasa anduvo muy bien en los países vascos e incluso publicaban en vasco; yo me acuerdo haber visto una excelente colección de artistas vascos... Eran fascículos y había como cien, y yo me dije, “tantos artistas vascos y yo no conozco a ninguno”. Pero publicaban y les fue muy bien ahí. Vendían a crédito y tenían una estructura tan bien hecha que pusieron casa en Madrid. En Madrid pusieron a un tipo que dijeron que no funcionó demasiado bien, creo que se llamaba Sorel...

Andrés Sorel.

Sí. Y decidieron hacer pie en Latinoamérica con Buenos Aires y México. En Buenos Aires empezaron pero al poco tiempo vino la guerra de Malvinas y se paró todo, hubo un parate de seis meses... Y en el caso de México hubo la primera gran devaluación. Y entonces, a los pobres vascos les fue muy mal por acá...

¿No duró mucho Legasa acá?

No, todos los '80, hasta comienzos de los '90. Y ahí yo me fui a El Ateneo.

¿Y en Legasa tuvieron éxitos de venta? Recuerdo *La novela de Perón*, esa vendió mucho...

Bueno, Tizón, la mejor de Tizón, *La casa y el viento*. Después, en el '88, sacamos *El hombre que llegó a un pueblo*.

Moyano...

Sí, claro, *El vuelo del tigre*. Como había plata, saqué cosas que en Losada o en cualquier editorial hoy mismo hubiese sido imposible, *Pretérito perfecto* de Hugo Foguet... Después la de Armonía Somers, *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*.

Y sacaste uno de Martha Mercader que desde *Juanamanuela* se había convertido en *best-seller*.

Sí, y después publiqué a un salteño que acaba de morir, que a mí me sigue pareciendo buenísimo, Carlos Hugo Aparicio.

Ahora reeditaron en La Plata los cuentos de Aparicio, la editorial Mil Botellas.

Sí, fui yo a presentarlo, lo presentamos con Leopoldo Castilla, el hijo de Manuel J. Castilla, es muy buen poeta...

En *Cartografía personal* se transcribe una nota tuya un poco irritada y molesta contra los colegas de la UBA que atacan el periodismo cultural. Como si vos hicieras una defensa fuerte del periodismo cultural, como si te pareciera que era necesario reivindicarlo...

Lo que pasa es que había una cosa así de cierto desdén y desprecio por los que hacían notas culturales. Desde la Facultad criticaban, pero después se metían y trataban de meter baza en *Ño en ADN*... También hay otra cosa, como nuestra amiga Sylvia Saïtta, es una tipa que se mueve en distinto nivel. Pero hay algunos que están ahí con el rollo académico absoluto...

Me acuerdo cuando en *Babel*, Caparrós llevaba la bandera antipopulista, nosotros somos la vanguardia de la vanguardia, y después se pasó a *Planeta* y escribió un libro que se llamaba *Boquita* sobre Boca Juniors.

Cuando surgieron las teorías literarias y todo eso, que antes no había habido nada al respecto, antes la crítica era puro impresionismo, estuvo muy bien, pero generó cierta arrogancia o soberbia... Pero ahora cambió, se empieza a valorar otra tradición más abierta; en ese sentido, por ejemplo, *Primera Plana* tuvo una importancia enorme en la literatura...

Bueno, a Tomás Eloy Martínez acá siempre se lo ninguneó...

Si entendemos “acá” por la Academia, la Universidad. Ahora se lo está reivindicando a Marechal, otro semininguneado, con un coloquio en el Ministerio de Cultura y una exposición que organizó Guillermo David en la Biblioteca Nacional.

En Legasa también sacaste libros muy interesantes de ensayos. Recuerdo aquel sobre *Medios de comunicación y cultura popular*, de Romano, Rivera y Aníbal Ford...

Sí, sí. Bueno, yo era muy amigo de los tres, y lo festejamos mucho. El libro tuvo cuatro ediciones sucesivas: fue una pegada comercial e intelectual, cosa poco habitual. También funcionaron muy bien varios títulos de la colección Nueva Información, que dirigía García Lupo; era una colección de ensayo político y ahí sacábamos un montón de libros que se vendieron mucho, como el de Terragno...

¿Y por qué cierra Legasa? ¿Porque los vascos la cortaron...?

No, los vascos no la cortaron, pero un tipo que estaba acá, que murió, que era muy vivo, buen tipo pero un tiro al aire, les hizo una maniobra: pasó la empresa de S.A. a S.R.L. y dejó a los vascos pagando.

La “nacionalizó”, digamos...

Sí, Durán la “nacionalizó”, yo estuve mucho tiempo con él, pero después vino la hiperinflación que fue nefasta... Por ejemplo, el libro de Terragno que te nombré, *Memorias del presente*. Terragno acababa de llegar de Inglaterra... y lo vendían a rolete. Había que reimprimirlo a cada rato. Cualquiera pensaba que ganábamos un montón, pero por la inflación no nos alcanzaba para reimprimir. Otra razón fue que Durán... se engolosinó. Venía de estar cómodo siendo representante de Seix Barral, entonces no le daba mucha bola. Seix Barral le pagaba su sueldo en España, pero acá tenía que arremangarse y... no le gustaba, a él le gustaba un poco la joda, la cosa social. Venía un autor a reclamar los derechos y decía... Feinmann... José Pablo..., vamos a comer algo y lo invitaba al mejor restaurant y bueno... La tercera razón

importante fue Planeta, porque libro que sacábamos en Legasa y tenía mucho éxito... de *La novela de Perón* sacamos dos o tres ediciones y después se lo llevó Planeta. Y así otros... En ese sentido Durán no era inteligente y, además... bueno... termino con esta anécdota. Yo lo conocía mucho a Fogwill que me gustaba mucho como tipo y como escritor. Era un personaje. Y lo llevé a Legasa; entonces hizo una cosa que es la única vez que como editor vi en mi vida: me había dado una página, que a lo mejor aún tengo por ahí, que decía: “título, fecha, estado”, así, en columnas... Entonces decía, ponelo, *Los pichiciegos* “estado completo”, porque ya tenía el texto completo. Llenaba esos casilleros. En otros casos era, “borradose puede terminar en seis meses”. Y así, eran como veinte obras que tenía en cartera (*risas*). Bueno, de esa lista le pedí una que era buenísima y que nunca la editó. Y me dicen que ahora, una que salió póstuma puede ser... Esta novela era la historia, una historieta de lo que ahora llaman los CEOs, los gerentes de las multinacionales, que tenían una gran mansión en San Isidro, y venía una delegación de japoneses y los tenían que agasajar y... toda esa vida absolutamente banal, aunque rimbombante... estaba muy bien hecha. Bueno todos nos habíamos puesto de acuerdo, o al menos eso creí yo; pues Durán me dijo, sí cómo no. Entonces vamos un día a tomar algo para arreglar y firmar, y dice Fogwill, “bueno, antes tenemos que ver las condiciones, yo pido... una cosa así... 5000 dólares de anticipo”. Y Durán que estaba acostumbrado a... nada (*risas*).

A pagar la cuenta de la cena...

Y claro, todo se fue al diablo y no pudimos sacar la novela. Bueno, él tenía esas cosas, era un tipo que había hecho publicidad y había ganado muy bien... Lo cual no me parece mal. Trataba de vender y no a través de Carmen Balcells, que era su agente, sino él mismo, por eso *Los pichiciegos* tiene diez editoriales distintas...